

CAPITULO CLXV.

— — —

Demostaciones que se hicieron en el puerto á nuestra llegada, y sentimientos de que estabamos poseidas: Almuerzo con que se nos obsequió. Nuestro primer ensaye de montar á caballo. Camino delicioso que recorrimos. Casa del Sr. Labadie; su mina de petróleo, y trabajos emprendidos en ella; su situacion, vistas y paisajes de que alli se disfruta. Continuacion de nuestra marcha á Pochutla; gratas sensaciones. Llegada á esta poblacion y como se nos recibió. Como es la poblacion; atenciones y obsequios de que fuimos objeto en ella.

Apenas saltamos á tierra pisando el suelo pátrio y respirando el aire que acarició nuestra infancia cuando nos sentimos llenas de contento y nuestro primer arranque fué postrarnos poseidas de entusiasmo á bendecir al Altísimo que al fin habia escuchado nuestras plegarias volviéndonos á México, despues de siete años de larga ausencia!.....

La recepcion que nos hicieron en el puerto fué suntuosa atendido el lugar en que nos hallabamos; las familias de los gefes que habian ido á recibirnos estaban allí para esperarnos, con ese mismo objeto habian llevado la banda militar de Pochutla y en medio de dianas y vivas entucias-tas, hicimos la entrada en nuestra amada patria por la que tanto, y tan frecuente habiamos suspirado!.....

Todas aquellas muestras de simpatías conmovieron profundamente nuestro corazon. ¡Oh, cuán gratas eran las sensaciones que en aquellos momentos estremecian nuestra alma!..... ¡de cuán feliz augurio nos parecia aquella ovacion, al pisar de nuevo al suelo pátrio!

Pasados los primeros momentos de entusiasmo, nos despedimos del segundo capitan y de los jóvenes empleados, poco despues el vapor Honduras levantó el ancla, y desde la playa lo vimos perderse en la inmensidad del Océano; entónces nos apartamos de la orilla y volvimos al puerto donde nos esperaban nuestros nuevos amigos.

Aunque puerto Angel no puede decirse que fuera una poblacion reciente; en la época en que pasamo componiase tan solo de una extensa galeria de madera para guardar la carga, y 20 ó 30 chosas de paja que servian de albergue á unos cuantos habitantes; cerca de la playa habia algu-

nas indias con sus bendimias formando plaza. Quisimos comprarles; pero ellas no quisieron recibir precio alguno regalándonos fruta, y rogándonos la aceptásemos.

Poco nos detuvimos y tardamos en recorrer el puerto, y despues de admirar sus hermosas vistas y su naturaleza exhuberante, la fuerza del calor nos obligó á refugiarnos en la galera acompañadas de todas las personas que habian ido á encontrarnos; la banda militar se quedó bajo una enramada y á menudo nos hacia oír el armonioso acorde de sus instrumentos; tocaban bastante bien, y sus piezas eran bonitas y algunas escogidas.

Como á la una del dia, sentadas en unos largos petates que se habian tendido nos sirvieron un frugal almuerzo con que quisieron obsequiarnos; las tortillas finas y calientes nos servian de platos, y muy alegres tomamos lo que con tan buena voluntad y obsequio se nos ofrecia; en aquel almuerzo no faltaron nuestros platos nacionales, como el mole de guajolote, las enchiladas y el pulque.

Nada complace tanto en la vida como aquello que nos presenta novedad; y ese almuerzo realmente campestre, sin cubiertos, sin comodidades, nos causó mas ilusion que un gran banquete, y nos sentiamos en aquel momento mas contentas

sentadas en el suelo al lado de los jarros y las cazuelas, que al deredor de una mesa cuidadosa y esmeradamente servida. Siempre los contrastes agradan, y hace ilusion todo aquello que no es permitido en lo normal de la vida.

El almuerzo no pudo ser mas cordial y alegre; se sucedian los mas entuciastas brándis en los que papá era objeto de encomiantes elogios y expresiones de adhesion y simpatía.

Concluido esto, tocó la banda varias piezas, y como á las cuatro de la tarde ensillaron los caballos para que emprendieramos la marcha. Nunca habiamos montado y nuestro primer ensayo debia ser por aquellos caminos tan escabrosos y rodeados de peligros; no habia tampoco sillas de señora, y fué sobre sillas de arrieros en las que hicimos nuestro aprendizaje, poniendo unas mantas sobre cada silla para acolchonarlas, y arreglando un estribo á la altura de nuestro pié. Nos ayudaron á colocarnos bien poniendo las riendas en una mano, y en la otra una varita para asustar al caballo.

Todo esto era nuevo para nosotras; mas apesar de no haber montado nunca como hemos dicho antes, no tuvimos miedo; sino por el contrario nos agradó sobre manera.

Cuando todos estuvimos listos emprendimos la marcha; formábamos una caravana de mas de

quince personas sin contar con los arrieros que venian detrás con el equipage. Nada mas alegre que aquella caminata; todos hablabamos, reiamos ó nos poniamos á entonar algunas canciones, de manera que aquello mas que camino parecia un delicioso paseo: una ancha y comoda avenida de árboles marcaba la ruta; habia pedazos en que se estrechaba hasta convertirse en un pequeño sendero; el terreno era igual, no habia sinuosidades ni peligro alguno: extendianse á uno y otro lado dilatados bosque y bellas y risueñas praderas esmaltadas de flores camprestres; en los corpulentos árboles se veian los nidos de los pajarillos que en aquella hora á la caída de la tarde setrinaban sus amores antes de recogerse al sueño y al descanso; todo á nuestro alrededor respiraba cierta poesia y secreto encanto que iba difundiendo en nosotros que tras haciéndonos gozar de las dulces sensaciones experimenta el viajero en la soledad de los campos, y ánte las bellezas seductoras de una exuberante y rica naturaleza.

Desgraciadamente solo dos horas tardó nuestro camino, porque el señor Labadié que habia ido al puerto, se empeñó en que pasáramos la noche en la poetica casa que tenia cerca de una mina de petróleo que se hallaba inmediata, y lleno de bondad y fineza nos dió la mas franca y cordial hospitalidad.

Poco despues de las seis de la tarde rendimos la jornada; al descender de los caballos nos sentimos algun tanto fatigadas, y guiadas por el amable dueño de la mina, penetramos en una cómoda y risueña casita situada en la cima de una colina, desde donde se gozaba de una vista realmente deliciosa. Nuestro primer cuidado fué labarnos, quitarnos el polvo del camino, y despues de arreglarnos un poco, salimos á una sala donde todos se hallaban reunidos (y en la cual estaba dispuesta una mesa para mas de diez seis cubiertos: nada faltaba en ella, y al verla nos parecia estar en una poblacion donde de nada se carecia. A las siete á una indinacion del Sr. Labadié nos sentamos á la mesa y nos obsequió con una cena opípara y perfectamente servida; los platos estaban condimentados con buen gusto; los vinos eran ricos, y junto con todo esto su cordial hospitalidad y su trato fino y obsequioso, nos hizo estar mas contentas y conservar de la mina un dulce recuerdo, y de su fino propietario el Sr. Labadié, la mas grata impresion, y los mas naturales sentimientos de gratitud y simpatía por tanto obsequio.

Los brindis continuaron con igual entusiasmo que por la mañana, y á las nueve de la noche aun no abandonabamos la mesa; seguimos un rato mas en amena conversacion, y serian como las

diez cuando nos retiramos á las piezas que nos tenían preparadas, y acostándonos dormimos profundamente.

A la mañana siguiente á las cinco ya estábamos en pié: fuimos á ver la mina y los trabajos emprendidos. Nada mas bello y poetico que el lugar en que está situada; ¡que vistas tan deliciosas de las que se gozan en ella! subimos á una pequeña altura en que se habia fabricado un rústico cenador desde el cual se domina con la vista al mar, y se ven sus aguas venir humildes á esllarse en las arenas de la playa, descubriéndose los buques que navegan por la costa; dirigiendo la vista á otro punto, se divisan risueñas campiñas y tupidos bosques presentando deliciosos paisajes.

¡Oh sí! la situación de la mina es magnífica; y allí se debe deslizar la vida tranquila y apasible, disfrutando de todos los encantos de la creación!

Nos hallabamos gozando de tan deliciosas vistas, cuando vinieron á llamarnos para el desayuno: trasladámonos á la casa y allí nos sirvieron un frugal almuerzo, con muy buen pan y cuanto pudieran hacerlo agradable. Poco despues nos despedimos del Sr. Labadié dándole las mas expresivas gracias; y montando de nuevo á caballo, emprendimos la marcha acompañándonos el Sr. Labadié como una legua, y siguiendo con noso-

tras, todas las demas personas que habian ido á recibirnos al puerto.

Las ocho serian cuando salimos de la mina; la mañana estaba hermosa, el sol doraba las montañas, las flores conservaban aun en sus pétalos, las cristalinas gotas del rocío, los pajarillos gorgeaban entre el follage, y la naturaleza toda vestida de gala ostentaba sus encantos; soplabá una dulce brisa, y la mañana no podía ser mas bella y agradable; como en el campo en las primeras horas del dia se siente esplayarse el espíritu, y dilatarse el corazón, propendiendo á la alegría desde luego sentimos en nosotras esos efectos, y pasamos el camino en medio de las mas animadas conversaciones, y de la risa mas festiva; alegres como el gilguero, y los otros pajarillos, á quienes veíamos volar de rama en rama.

La jornada de aquel dia, podía calificarse tambien como una partida de paseo; el camino era bueno, solo dos ó tres pasos tuvimos un poco molestos; y el resto cómodo y bello.

Como á las diez y media divisamos á Pochutla; varias personas vinieron tambien á nuestro encuentro, y ya á la entrada de la poblacion, se entabló una cuestion entre ellos sobre la casa en que debíamos hospedarnos: todos querian llevarnos á la suya; los mas ricos propietarios del lugar, el empleado principal de hacienda, el de

correos, y el jefe político; esta discusión que tanto empeñaba nuestra gratitud, terminó manifestando el jefe político que tenía orden expresa y recomendación de Oaxaca, para hospedarnos en su misma casa. Convinieron los otros en que tenía más derechos, consintieron, y fuimos á alojarnos á la jefatura política.

Serian las once de la mañana cuando rendimos la jornada, aunque el estar á caballo algo nos cansaba; nos gustaba tanto que lo dejábamos con tristeza, y esperábamos con ilusión la hora en que debíamos volver á montar.

Pochutla es una población pequeña y caprichosamente construida; puede contar cerca de dos mil habitantes algo turbulentos, pero gente honrada, y muy laboriosa é industrial; cabecera de distrito, reside en ella el poder civil y militar reunidos en un mismo jefe; la población es reducida; sus casas todas bajas y la mayor parte de madera ó adobes; no están construidas con orden ni con simetría, así es que en las calles, las casas se ven aisladas y diseminadas por toda la población; en la plaza hay algún comercio, y no carecen en él de lo necesario: hállese situada en ella la jefatura, la escuela, la cárcel, el cabildo y la iglesia que es el principal edificio de la población; esta es chica, pero aseada y bien cuidada.

El terreno en que está construido Pochutla es desigual; pero sus inmediaciones son fértiles, y sus campos se ven cultivados y con una vegetación exuberante; durante el transcurso del día que allí estuvimos, recorrimos la población, visitamos la iglesia y el cementerio situado sobre un terreno elevado que todo lo domina; allí nos señalaron un sepulcro marcado tan solo con una cruz de madera, y nos dijeron encerraba los restos del señor Diaz que había sido Gobernador del Estado, y que fué cruelmente asesinado.

Durante nuestra permanencia en esta población fuimos objeto de muchas atenciones y obsequios; poco después de hallarnos descansando en la jefatura, llegó uno de los más ricos propietarios del lugar y el hombre de más influencia y más respetado de la población llamado Siga, y nos condujo á su tienda en la que nos obsequió con vino y pasteles haciéndonos entrar á su casa; nos presentó á su familia, tenía varias hijas todas jóvenes y bonitas, y se mostraron con nosotras tan finas y cariñosas, que no quisieron dejarnos ni un instante; juntas fuimos á recorrer la población, y juntas estuvimos la mayor parte del día; apoderándose de nosotras, nos peinaron, y tejiendo con sus propias manos unas guirnaldas de flores finas y pequeñas, las colocaron en nuestra cabeza.

Aquellas muchachas tenían toda la sencillez del campo; nos contaron su vida, nos hablaron de sus afecciones, de sus ensueños para el porvenir, y con su carácter y sus bellos sentimientos, se ganaron en un instante nuestro cariño y nuestra simpatía; ¡cuán difícil es encontrar en las grandes poblaciones, corazones tan puros y tan ingenuos!.....

Un solo día permanecimos en Pochutla y sin embargo, esto fué bastante para que conociéramos todos los enredos y rivalidades de un lugar corto y reducido, pues como antes dijimos, todos querían obsequiarnos; nuestra llegada había sido el gran acontecimiento del día, y deseaban vernos y llevarnos á su casa, y tener alguna parte en todo lo relativo á nosotros mientras permaneciéramos en el lugar; con tal motivo hubieron fuertes disputas sobre quien debía invitarnos á comer: nadie cedía á las instancias de los otros, hasta que al fin el administrador de la aduana se anticipó á invitarnos, y cuando otros vinieron á hacerlo, papá tuvo que mostrarles su gratitud manifestándoles al mismo tiempo, que estábamos ya comprometidas lo cual produjo entre ellos algún disgusto que nos afligía; porque deseábamos que reinara en todos la mayor armonía; mucha gratitud nos inspiraba el empeño y entusiasmo que nos demostraban; pero también sentíamos que esto fuera causa de desunión.

Llegada la hora de comer nos trasladamos á casa del Administrador y allí nos sirvieron una buena comida, había muchos invitados y los brindis eran continuos y tan entusiastas como los del día anterior; á las tres nos levantamos de la mesa; papá y mamá se retiraron á la Gefatura á recogerse un rato, y nosotras nos fuimos con las jóvenes Siga á su casa.

En la Gefatura nos obsequiaron con una cena en que reinó el mismo entusiasmo y muestras de simpatía, y cuando se retiraron todos los que allí se habían reunido nos recojimos en nuestro lecho; á poco sentimos el acorde de los instrumentos, y vivas entusiastas; la serenata duró hasta después de las dos de la mañana, nos fué imposible dormir, á las cinco ya estábamos en pié; y poco después dispuestas á emprender la marcha.

El Gefe político nos acompañaba hasta los límites de su distrito, y esto fué para nosotros muy cómodo y favorable.